

clase de mérito. Efectivamente, hay en el decurso del libro, capítulos espléndidos, cuajados de conceptos y sugerencias, (algunos quizá aparentemente complicados; pero casi todos, plenos de acierto), y, en los cuales capítulos, a un zigzaguar de afirmaciones sigue la copiosa demostración.

Faltaría ahora, como el autor se lo propone, construir en otro volumen, según planos de arquitectónicas consecuencias, el grande y definitivo edificio de la cultura general en América.—

GMO. KOHNENKAMPF CISTERNAS.



LA MORENA DE LA LOMA, por *Lautaro Yankas*

A poca distancia de la primavera florecen algunos árboles, los más entusiastas, y los otros se aprestan para el milagro. Los literatos no se quedan a trasmano. Mariano Latorre, Mari Yan y Lautaro Yankas nos lo afirman con sus entregas. No ha conseguido el invierno anquilosar las plumas o escarchar los tinteros.

*La Morena de la Loma* no es una novela que desentone dentro de la especialidad del autor. A diferencia de otros, Yankas ha vivido en el sur, ha hecho la vida contemplativa entre los personajes de sus propios libros, aun cuando, un tanto circunspecto, no logra congraciarse con todos ellos, apresarlos en un círculo de aguda simpatía.

No hace mucho se acusó a Lautaro Yankas de obstinación estilística.

Es un viejo problema que no pierde actualidad éste de la forma y el fondo. Son escogidos los que logran unificar estos elementos. Algunos olvidan lo primero por lo segundo o viceversa.

La verdad es que no se puede encarar el arte con finalidad preconcebida. Toda vez que se lo intente, el artista tendrá un fracaso que contar, porque el arte es una como necesidad fisio-

lógica que necesita de todas nuestras energías, de todo nuestro acuerdo conjuntivo.

Ahora bien, Lautaro Yankas es uno de los pocos escritores que trabaja. Ha revelado siempre un fuerte anhelo de singularización. Su sola manera expresiva es una evidencia. Ahí está la frase suya tan característica: «El fuerte declive del camino», «El galope y el lodo negro», «La furia del viento en los árboles gachos», «El campo frente al turbio horizonte» y otras que aparecen intermitentemente a lo largo del libro, advirtiéndonos la loable tendencia hacia un estilo propio. Hasta aquí estaríamos de acuerdo con el autor. Pero, ¿por qué ese desdén injustificado para el verbo que es movimiento? ¿Por qué dar a luz cuerpos expresivos sin vida y que por lo tanto nada dicen? Dichas frases no son sino esbozos, impresionismos, decorativismos que yo considero dentro de lo elemental en el arte pictórico.

A propósito recuerdo a un amigo pintor. Más de una vez le vi trabajando el paisaje o el retrato: El árbol verde; el camino rojizo, la casita blanca, pequeña... Después—ya es otra cosa—el verbo, que es el ser mismo en entrega, alumbraba el caos y su luz daba forma y unidad al conjunto, lo animaba.

Además, la monotonía también suele asomar su rostro desagradable en lo constructivo, repitiéndose varias veces en un párrafo: «El vaho del animal temperaba sus narices entumecidas. El agua corría por su manta... El chaparrón logró traspasar... El no esperaba semejante embestida».

En cuanto a la trama, hay que decirlo, Yankas ha doblado los mismos toques dramáticos de otra de sus novelas, la más representativa quizás. Por ejemplo, lo del río con su vado peligroso, el triángulo psicológico, etc., todo esto tratado con natural apacible y sobrio.

Sin más, *La Morena de la Loma* es una novela que, indudablemente, ha de conducir a los novelistas chilenos hacia la gran novela nuestra, tan ansiada y deseada por todos.

Saludamos a Lautaro Yankas.—ALDO TORRES PÚA.